



TRAS LAS HUELLAS DE HERÓDOTO

Almuzara Sotavento



Antonio Penadés

TRAS LAS HUELLAS DE HERÓDOTO

*(Crónicas de un viaje histórico
por Asia Menor)*



ALMUZARA

2015

© del texto y las fotografías: ANTONIO PENADÉS, 2015

© de la edición: EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2015

Primera edición: junio de 2015

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

COLECCIÓN SOTAVENTO. *Libros de viaje*

EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Editor: DAVID GONZÁLEZ ROMERO

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Maquetación y corrección: DECULTURAS, S. COOP. AND.

Impresión y encuadernación: LINCE ARTES GRÁFICAS

I.S.B.N: 978-84-16392-25-4

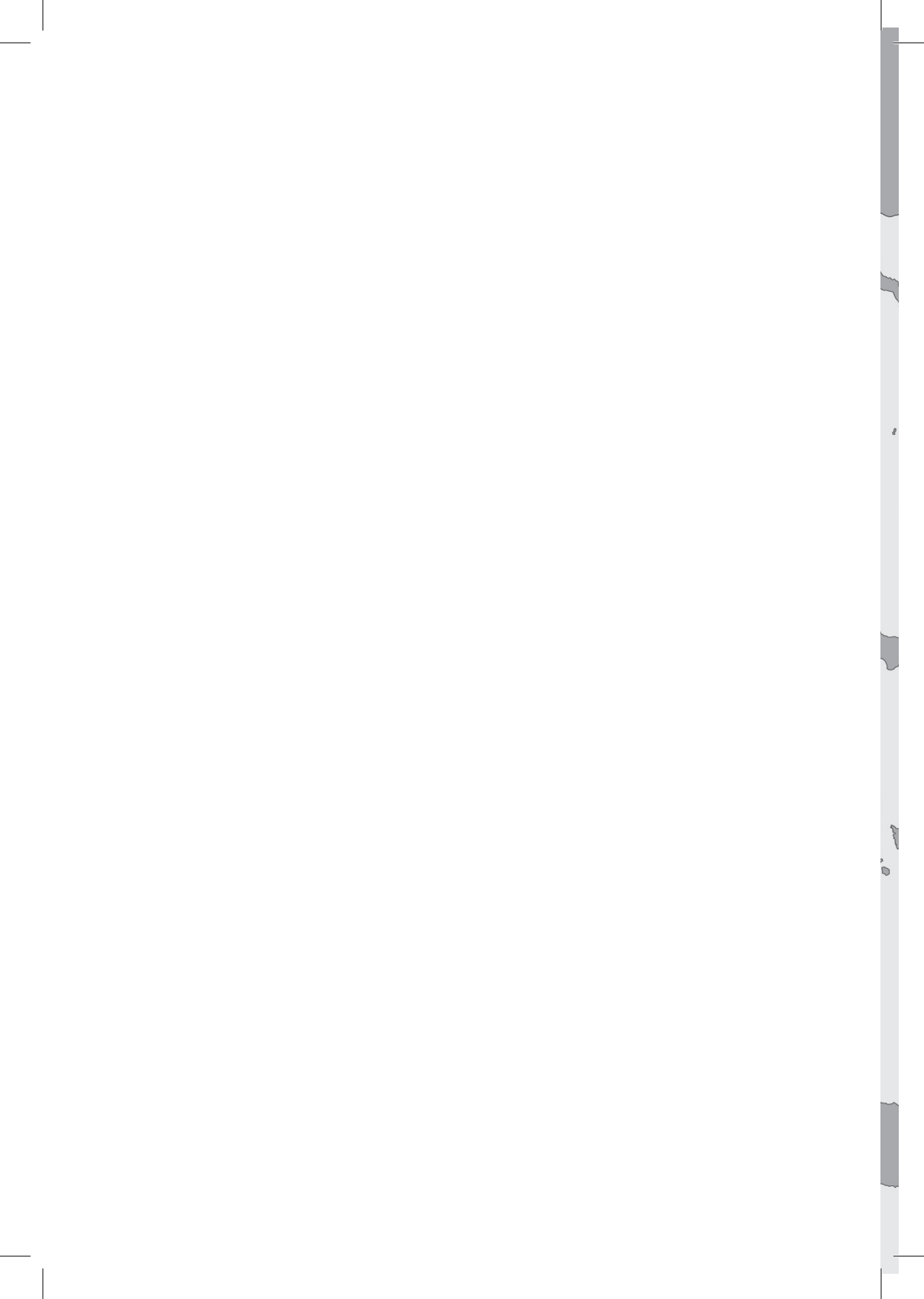
Depósito Legal: CO-830-2015

IBC: WTL; H

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

MAPA	9
PRÓLOGO, por Gisbert Haefs	11
1. CARIA: EL ORIGEN DE LA HISTORIA	31
2. JONIA: LA REIVINDICACIÓN DEL PENSAMIENTO LIBRE	61
3. EL CORAZÓN DE JONIA: MILETO, PRIENE Y PANIONION	81
4. LA JONIA MÁS ALEGRE: SAMOS Y ÉFESO	107
5. FRIGIA: PAISAJES DE ASIA PROFUNDA	157
6. LIDIA: EL EMBRIÓN DEL CONFLICTO	201
7. EOLIA: EL MAR Y LA LIBERTAD	263
8. TRÓADE: EL INFLUJO DE LOS DARDANELOS	309
9. QUERSONESO Y BIZANCIO: FIN DEL VIAJE	347
CRONOLOGÍA BÁSICA DE GRECIA ANTIGUA	375





Grecia

Mar Negro

Bizancio

Mar de Mármara

Sestos

Abidos

Cannakale

Troya

Assos

Turquía

Pérgamo

Focea

Mar Egeo

Esmirna

Sardes

Frigia

Éfeso

Kusaoasí

Río Meandros

Hierápolis

Caria

Samos

Panionion

Afrodísias

Lade

Priene

Miletos

Dídima

Halicarnaso

Cabo Micala

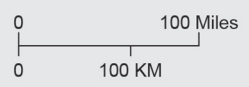
Cícladas

Mar de Creta

Rodas

Mar Mediterráneo

Creta





PRÓLOGO

Suelen llamar a Heródoto el «padre de la historiografía». Me temo que es algo injusto, ya que la historiografía consiste en escribir sobre lo que otros han hecho. Es, pues, una actividad de segundo rango, un servicio meritorio como el que nos prestan los autores de libros que tratan sobre otros libros. Parece paradójico que las historiografías con menos valor artístico —las que sin ninguna originalidad nos dan hechos, nombres y datos con erudita esclavitud— son a la vez las mejores y muy a menudo las más aburridas. Obras de arte como Decadencia y caída del Imperio romano de Gibbon son arte por la gracia de cómo trabaja el autor; el arte es cuestión de Cómo, no de Qué.

Heródoto nos ha dejado mucho Qué, nombres y hechos y hazañas. Sin embargo, lo que le eleva sobre otros historiógrafos de la Antigüedad es su Cómo. Eso empieza mucho antes de trucos sintácticos o de estilo, empieza con su mirar. Heródoto mira de manera muy diferente; en el ámbar de sus obras no sólo conservó hechos y datos, algunos de ellos fantásticos, sino, sobre todo, los hombres en sus ambientes, las tierras, las ciudades, el trabajo, el sufrir, las aventuras: la condición humana. Cumple con lo que, según Kipling, siempre ha sido la tarea de los juglares, dándonos The tale of the Tribe, la historia de nuestra tribu.

Con eso, Heródoto es mucho más que el padre de los historiógrafos, es el padrino de todos los narradores. No importa si él realmente creyó en esas ovejas de rabo tan grueso que sólo podían caminar porque los pastores les habían atado carritos por debajo. Lo que cuenta es que alguien las inventó y que él nos ha regalado esa fantasía. No sabemos si el narrador de la Historia, que en definitiva son cuentos, es el hombre llamado He-

ródoto; cada escritor va seleccionando, filtrando y limando su material, incluso sus memorias, y cuando dice «yo» se trata de un «yo» filtrado y trabajado, una ficción que se añade a la realidad. Es posible que de toda su obra, la ficción llamada Heródoto sea la más importante.

Un texto tiene tantas versiones como lectores. Antonio Penadés es un buen autor, pero también es algo aún más raro, un excelente lector. Se ha puesto en camino para ver si en lo que una vez llamaban Asia Menor todavía se puede encontrar algo del Qué de Heródoto, y ha vuelto con mucho de su Cómo. El libro en el que nos narra el viaje no es guía turística sino cosa muy grata, literatura de viaje, casi un vademécum de tipo clásico, y multiplica las versiones de Heródoto y de sí mismo. Digamos que un texto es un vidrio no completamente transparente, un cristal que también tiene algo de espejo. Entonces, en este libro el primer cristal es el de Heródoto —citado, aludido, engastado— por el cual el griego nos muestra hombres, tierras y hechos, y en el que el hombre Heródoto se refleja. El segundo cristal es el Cómo de Heródoto, su manera de seleccionar las cosas que narra y juzga. En este segundo vidrio se reflejan Heródoto el hombre y Heródoto el narrador, realidad y ficción mezclados. El tercer cristal es bifocal, por así decirlo; es a través de este vidrio que Antonio Penadés mira a las personas y los lugares y los pone en relación con el texto de Heródoto, reflejándose al mismo tiempo. Por el cuarto vidrio vemos los otros tres y también a Antonio Penadés, no al viajero sino al narrador, su Cómo, sus preguntas, sus añadiduras y sus meditaciones. El quinto cristal —y todos los demás— son obra nuestra, que construimos mientras estamos leyendo.

Este libro es un joyero de los que en la vida y en la literatura sólo nos regalan los buenos amigos. Antonio Penadés es muy amigo nuestro, amigo al que sería bueno tener a nuestro lado durante un viaje. Es curioso pero delicado, es muy preguntador pero sin comprometer o denunciar. Es erudito pero no nos impone sus conocimientos; cuando nos da informaciones, lo hace de manera que ayuda a los que no lo sabían y que anima a los otros a repensar las cosas nuevamente. Es un buen compañero de viaje, y estoy seguro que los lectores van a gozar de lo que les deseo: un buen viaje.

Gisbert Haefs

AGRADECIMIENTOS

A Alejandro Noguera, por su generosidad y por la incansable labor humanística que lleva a cabo su Museo L'Iber; a Carlos García Gual, por su erudición y su humildad; a Gisbert Haefs, por este prólogo, por su *Anibal* y por su sabia campechanía; a Bernardo Souvirón, por su larga y cautivadora trayectoria de divulgación de Grecia antigua; a Luis Alberto de Cuenca, por sus conocimientos enciclopédicos aderezados de buen humor; a Antonio Sarabia, por sus consejos y su hospitalidad; a Luis Valera, por nuestras largas conversaciones y por su ayuda; a Salvador Clotas, por su fe en este proyecto; a Vicente Torres, por su amistad y por el imprescindible servicio que presta a nuestra sociedad; a Santiago Posteguillo, por escribir como escribe y compartir lo que sabe; a José Luis Corral, por su complicidad; a Javier Baonza, por Hislibris y Evohé y por su buen hacer; a Fernando Ortega, por *El hechizo de Caissa* y por su lúcida concepción de la educación; a Rosa Montero, por su sonrisa y su compromiso; a Ramón Conesa y a la agencia literaria Carmen Balcells, por su profesionalidad; a mi padre y a mi hermano Miguel, por sus acertadas apreciaciones; a Josep Asensi, por ilustrar sin pretensiones y por los buenos ratos; a Sebastián Roa, por sus sublimes novelas históricas; a Pedro Olalla, por su entrega a Grecia; a Toni Zarza, por contagiarnos a los demás su pulsión lectora; a Santiago Álvarez, Jordi Llobregat y Bernardo Carrión, por sus brillantes primeras novelas y por brindarnos cada mes de mayo el festival Valencia Negra; a Elvira Lindo, por sus libros, sus artículos y su simpatía,

y a Antonio Muñoz Molina, quien merece toda mi admiración como escritor y como persona.

Todos ellos han contribuido, de una u otra manera, a que *Tras las huellas de Heródoto* vea la luz y sea lo que es.

Dedico el libro a los que más quiero: Reyes, Diego, Jefe, Miguel y Rocío.

Pego, octubre de 2014.

INTRODUCCIÓN

La antigua región de Jonia, en la costa mediterránea de la actual Turquía, fue el lugar donde se forjó la esencia de nuestra civilización occidental; un proceso que nació en los llamados «siglos oscuros», allá por el año 1000 a. C., cuando un puñado de familias que huían del hambre que azotaba Grecia cruzaron el mar Egeo en sus destartaladas naves y desembarcaron en las costas de Asia Menor. Aquellos colonos griegos rehicieron sus vidas en fértiles valles de clima templado mientras que sus descendientes, herederos de ese mismo espíritu emprendedor, se enriquecerían conectando los puertos del Mediterráneo con las rutas comerciales que conducían al corazón del continente asiático.

Cuatro siglos después, a mediados del VI a. C., el poderoso Imperio persa invadió Jonia. Su dominio no suponía una carga excesiva porque los persas otorgaron a sus súbditos un amplio margen de libertad, limitándose a exigir a los gobernantes locales un tributo anual. Los ciudadanos jonios continuaron disfrutando de una vida relajada, mucho más que la del resto de los griegos, y aunque el comercio, el disfrute y la reflexión constituían la base de su existencia, Aristágoras, el tirano de la ciudad de Mileto, se dejó guiar por su interés personal y su ambición política y se empeñó en organizar una rebelión para segregar la región del Imperio persa.

Con la necesaria ayuda de los atenienses, a quienes Aristágoras había conseguido convencer gracias a su intervención en la Asamblea de Atenas, las tropas jonias se presentaron en verano de 499 a. C. en Sardes, la capital de Lidia, donde residían los mandatarios

del extremo occidental del imperio asiático. El sátrapa persa y su guarnición militar, en franca minoría, se refugiaron en la Acrópolis al ver que los jonios invadían la ciudad baja. Quizás todo habría quedado en un simple incidente si uno de los soldados griegos no hubiese acercado una antorcha a la techumbre de una casa, construida con paja como todas las demás, provocando que el fuego se propagara a la vivienda más cercana y de ahí a las del barrio entero. El incendio de Sardes alcanzó tal magnitud que toda la población se vio obligada a refugiarse en las aguas del Pactolo, el río que atravesaba la ciudad, muriendo calcinados quienes no se apresuraron hasta su cauce. Cuando las llamas llegaron al templo de la «Gran Madre» Cibele, la diosa más venerada por los lidios, los griegos se percataron del exceso cometido y huyeron a toda prisa hacia Mileto.

Unas semanas después el gran rey persa Darío, acomodado en el trono de su suntuoso palacio en Susa, la capital de su inmenso imperio asiático, reaccionaba airado al ser informado de tan lamentable suceso. Lo interpretó como una humillación militar y, lo que era mucho más grave, como un ultraje espiritual. Pidió a sus consejeros que le informaran sobre esa ciudad llamada Atenas, de la que no había oído hablar hasta entonces, y juró vengarse de quienes habían ayudado a que los rebeldes jonios trataran de arrebatarse el confín occidental de sus dominios. El rey de reyes se giró hacia su mayordomo, le miró fijamente y le ordenó que, desde ese día, cada vez que le avisara de que la comida estaba servida le repitiera no una sino tres veces: «Señor, acuérdate de los atenienses».¹

Una tarde de lluvia y frío, una entre las muchas que pasé en la biblioteca pública donde estudiaba de joven —tenía diecisiete años—, descubrí este pasaje de la obra de Heródoto, un autor des-

¹ Hdt. V 105. Para las citas textuales de la *Historia* de Heródoto utilizaré la traducción de Carlos Schrader (Biblioteca Clásica Gredos).

conocido entonces para mí. Aquel santuario de libros ofrecía un sinfín de estímulos para sumergirse entre enciclopedias ilustradas, novelas de aventuras y colecciones de cómics, aunque al final no quedaba más remedio que vencer la tentación y regresar a regañadientes al temario de la selectividad. Pero un día el lomo desgastado de un viejo volumen que llevaba por título *Historia* y que descubrí en la sección de «Fuentes antiguas», en uno de los estantes más cercanos a la mesa en la que trataba de concentrarme, ejerció algún tipo de influjo extraño en mí. Acaso porque la sensibilidad se agudiza durante la adolescencia y las reacciones suelen ser inesperadas, quiso el azar que yo, aquel chico en el que ya apenas me reconozco —para bien y para mal—, comenzara a hojear la obra de Heródoto por su libro quinto y me topara con esta narración de la rebelión jonia.

El viejo tomo me hizo olvidar durante un par de horas el examen de Filosofía del día siguiente y me provocó una reflexión acerca del autor de esa magna obra. Aquel griego del siglo V a. C. me atrapó sin darme cuenta, acaso porque había algo especial en su tono, en su modo de narrar sus vivencias y de describir lo que otros le habían contado, cuidando siempre al máximo la anécdota y el detalle, que me convenció de hallarme ante un hombre honesto ocupado en desentrañar la verdad y, por tanto, capaz de profundizar con todos sus matices en el alma humana.

Durante las siguientes semanas, entre examen y examen del antiguo COU, arañé algunas horas para profundizar en los sucesos narrados en la *Historia* de Heródoto. Pronto descubrí que la rebelión jonia fue, a su vez, el origen de las Guerras médicas (492-479 a. C.), un enfrentamiento singular, épico por su magnitud, por su trascendencia y por la desigualdad entre los dos bandos, en el que los griegos hicieron frente a las expediciones asiáticas y, contra todo pronóstico, consiguieron vencer y preservar su bien máspreciado: la libertad.

Unos meses después llegó el verano, uno de esos largos e intensos veranos que sólo se tienen cuando se es joven, y me asaltó por primera vez la ilusión de conocer aquellos lugares que Heródoto

describe en su obra. Asimilé el significado de la palabra *Hélade*, ese precioso término, más espiritual que físico, que significa «tierra de los helenos» y engloba las regiones donde hubo asentamientos griegos, y tomé la firme decisión de viajar a la actual Turquía, un territorio que formó parte esencial de la Hélade y de la vida de Heródoto. Durante una larga noche de agosto elaboré la idea sin adivinar cuándo llevaría a cabo esa ilusionante travesía en el espacio y en el tiempo, pero ya entonces tuve claro que emprendería el viaje a solas —aquél era «mi» proyecto— y que sólo sería capaz de disfrutarlo de verdad si antes me preparaba bien.

Comenzó así un largo periodo durante el que me adentré a fondo en la historia de Grecia y en la obra de Heródoto, mientras en mi interior seguía madurando aquel proyecto viajero, íntimo e intenso, en el que habría de recorrer la ribera oriental del mar Egeo desde el suroeste de Turquía hasta Estambul. La vida y sus avatares retrasaron el inicio del trayecto, entre otros motivos porque antes llegaron la escritura de una novela y de un ensayo que recrean también la época clásica, pero cuando varios años después, ya con cuarenta cumplidos, retomé la idea me di cuenta de que sólo a esta edad podía ejecutarlo con la suficiente solidez.

Al proyecto inicial del viaje decidí añadir una incursión al interior de Asia Menor y un salto a la isla griega de Samos, donde Heródoto se asentó durante una época en su juventud. Como único equipaje llevé conmigo una mochila con algo de ropa, una cámara de fotos, una buena novela y varias guías arqueológicas. Y, ante todo, resolví dejarme llevar por el propósito de acercarme en lo posible al autor de la *Historia*, esa obra singular, tan repleta de fuerza y de magia, que me asombró de joven y que ha seguido alumbrándome durante todos estos años.

Ahora tengo la sensación de que aquella aventura pasó como un fognazo. Como todo en la vida, la verdad: si la infancia de un hijo suele quedar atrás en un abrir y cerrar de ojos, qué decir de un simple viaje. Y sin embargo, durante las dos semanas de otoño que dediqué a recorrer los dos mil quinientos kilómetros del trayecto, fue tal intensidad y tan elevado el disfrute que me dio la impresión

de haber estado allí muchos más días. Es voluble y caprichoso el tiempo: en cuanto quiere nos recuerda que su medición responde a un mero artificio humano.

Al regreso de un viaje tan enriquecedor la concepción que uno tiene del mundo varía indefectiblemente, algo que también ocurre, con mayor o menor intensidad, al concluir la lectura de un buen libro o después de una conversación profunda con una persona a la que se admira. En mi caso, aquel periplo en el espacio y en el tiempo me caló tanto que al regresar sentí la necesidad de acometer un nuevo proyecto que me permitiera ahondar más en esas vivencias. Inicié entonces un nuevo viaje en el que la escritura me habría de servir de vehículo para revivir la experiencia y poder compartirla con otros. Me propuse narrar mis impresiones sobre los paisajes y la gente que había tenido ocasión de conocer, pero también quise recrear cómo eran en época clásica esas mismas ciudades en las que Heródoto dejó su huella.

Para abordar este proyecto literario opté por la crónica de viajes, un género que siempre me ha cautivado. Permite al lector acceder a la esencia de un lugar mientras que para el autor supone una vía insuperable para dar salida a la amalgama de imágenes y recuerdos almacenados en su interior. El cronista de viajes convierte su diario personal en un libro susceptible de ser leído por cualquiera, lo que en cierto modo implica una suerte de desnudamiento público. No obstante, y aunque toda crónica viajera que se precie incluye reflexiones personales, para este proyecto no me servía la fórmula tradicional del género. El objeto del trayecto no consistía en la mera visita de unas ciudades y de unos recintos arqueológicos sino que, por encima de todo, quería aproximarme a Heródoto para profundizar en su figura y en su obra. En determinados pasajes empleé los patrones del género del ensayo, y así, según las necesidades del texto, recurro a la literatura o al tratado de no-ficción.

He podido constatar que al combinar la literatura, la historia y la afición por viajar se producen resultados sorprendentes y que, por tanto, cada una de estas materias constituye una magnífica vía para descubrir las demás. Cuando el viajero recorre el escenario

de un libro que antes ha disfrutado cobran vida elementos que permanecen inertes para los demás; y si es capaz de hermanar el conocimiento de la historia con aquello que va descubriendo, entonces se desatan todas las sinergias y el viaje alcanza la excelencia.

No pretendo sugerir que el viajero que actúa así sea mejor que la persona que contrata un paquete turístico en una agencia y se desplaza con un grupo organizado. Nadie está dotado para juzgar que una de estas opciones, libremente elegida, sea más o menos acertada que otra. De hecho, nadie debería juzgar nada, pero esa es otra cuestión. Es bien sabido que hay gente que escoge ciertos destinos, próximos o lejanos, da igual, con la única intención de tumbarse en una playa, tostarse al sol y disfrutar bebiendo una cerveza tras otra: es posible que no les interese en absoluto la historia y la literatura, quizás por falta de inquietudes intelectuales o acaso porque en ese momento les atraen otros quehaceres bien distintos, y a lo mejor resulta que disfrutan de sus viajes más que nadie. Pero eso sí, es indudable que hay lugares que sólo se pueden apreciar habiéndolos «leído» antes, y entre ellos se encuentran los sitios arqueológicos —los de Grecia o los de cualquier rincón del mundo—. Sin esas lecturas previas, lo más probable es que el visitante que llegue a una esplendorosa ciudad antigua no alcance a ver más que piedras desparramadas por el suelo.

Bien, ¿y por qué Heródoto? ¿Por qué vertebrar la escritura de un libro sobre la figura de un autor antiguo? Y puestos a hacerlo, ¿por qué no escoger a Homero, a Sófocles o a Plinio el Viejo?... Bastantes veces me he planteado esta cuestión y nunca doy con una respuesta definitiva. Mi encuentro con aquel viejo ejemplar de la *Historia* en la biblioteca pública no parece una explicación suficiente, ya que después he leído a otros autores que también me han impactado. Podría utilizar razones de mayor o menor peso, en especial la simpatía que Heródoto me despierta, pero hay una bien distinta que considero fundamental: ese curioso principio que hace que sean los libros los que le eligen a uno y no al revés. Me

tengo por un hombre racional y cartesiano y comprendo que esta afirmación podrá parecer demasiado fantástica, pero yo mismo he constatado que se trata de un axioma aplicable tanto al buen lector como al escritor.

Así, quienes consideramos que la lectura es uno de los grandes gozos de la vida solemos tener una pila de libros «urgentes», esos a los que queremos dar una prioridad absoluta sobre los demás, resultando luego que cuando acabamos el que estábamos leyendo surge otro título que nos llama con más fuerza y terminamos acudiendo a él, aplazando sine die las lecturas que teníamos previstas. En cuanto a los escritores, la mayoría experimentan procesos parecidos. Las novelas y los relatos suelen nacer de ideas o impresiones que, por distintos motivos, se almacenan en la mente: un anciano sabio y extravagante que hemos tenido ocasión de conocer, la fascinación hacia una civilización del pasado, una escena cómica presenciada en la calle, etc. Lo habitual es que esa idea se desvanezca sin más, pero a veces ocurre que decide instalarse en un cómodo rincón del cerebro y comienza a desarrollarse sin que uno se dé cuenta. Al alcanzar un estado embrionario —el «huevecillo», como lo denomina Rosa Montero en su magnífica *La loca de la casa*—, el ente adquiere vida propia y comienza a dictarnos que continuemos gestándolo. Cuando somos plenamente conscientes de que ese proyecto vive dentro de nosotros, nos vemos impelidos a alimentarlo a base de pasión y de lecturas compulsivas hasta llegar al parto —si hemos sabido encauzar la energía inicial hacia la fase de escritura de un libro— o hasta que, por la razón que sea, se produce un aborto espontáneo y el proyecto se esfuma. Pues bien, en mi caso la idea que nunca deja de acaparar mi atención es la figura de Heródoto, aunque sigo sin saber bien por qué. Nunca he hecho nada por acercarme a él, sino que ha sido su obra la que ha estado captando sutilmente mi atención desde la adolescencia.

Lo cierto es que la Antigüedad griega me fascina por encima de otros temas y periodos históricos en los que por ahora me resulta imposible profundizar, y a veces pienso que Heródoto tampoco debió tener capacidad ni tiempo suficiente para satisfacer

sus numerosas inquietudes. El mundo ofrece mucho más de lo que somos capaces de asimilar. Sin embargo, creo que sentir un reclamo tan intenso por el mundo clásico implica algo en cierto modo especial, equivale acaso a profesar un interés sincero hacia la condición del hombre. Al adentrarnos en la Antigüedad griega comienzan a desplegarse una a una sus vertientes, todas ellas estrechamente relacionadas con el pensamiento y el progreso humano, y podemos comprobar cómo las principales disciplinas del conocimiento alcanzaron la excelencia veinticinco siglos atrás, en plena época clásica: la política, la literatura, el urbanismo, la filosofía, el teatro, el deporte, la física, la medicina, la ingeniería, la artesanía, la pintura, la escultura y la arquitectura, el derecho, la navegación marítima, las estrategias bélicas...

Este último tema, el de la guerra, es uno de los más fascinantes de Grecia antigua. La historiografía ha destinado menos recursos a su estudio desde el plano militar que desde el civil, lo que resulta curioso tratándose de una sociedad extremadamente belicosa. Para aquellos hombres la guerra constituía un elemento cercano y natural, un medio para dirimir conflictos al que se recurría con frecuencia, siendo habitual que un ciudadano participara a lo largo de su vida en varias batallas. La polemología no sólo sirve para profundizar en una actividad que ocupaba una parte muy importante de la vida de los griegos, sino que sólo a través de ella podemos ser capaces de comprender bien sus planteamientos individuales y colectivos.

Al ser Heródoto un hombre al que le interesaba todo, estudiaba los asuntos más variados con un espíritu casi enciclopédico y los asimilaba con ánimo docente. Y también sentía pasión, cómo no, por las guerras en las que intervinieron su padre y sus abuelos. La *Historia*, su extensa y maravillosa obra, dedica sus cinco primeros libros a narrar la evolución y las costumbres de los pueblos que componían la Oikouménē —el «mundo conocido»—, en especial los lidios, los escitas, los medos, los persas, los babilonios, los egipcios y los propios griegos. Y aunque lo parezca, el vasto estudio de la primera mitad no tiene vida propia sino que se proyectó como

un trabajo previo, una mera contextualización de aquello que iba a ser el verdadero objeto de su obra: la narración de las Guerras médicas. En esas multitudinarias batallas, libradas entre los años 490 y 479 a. C., los griegos emplearon su superioridad armamentística y táctica para evitar caer en manos del ejército asiático, cuyos efectivos cuadruplicaban a los de las ciudades helenas. Impacta pensar que el Imperio persa, que se extendía desde el alto Egipto hasta el mar de Aral y desde el mar Egeo hasta el río Indo, ocupaba unos diez millones de kilómetros cuadrados, una superficie ochenta veces superior a la de Grecia. ¿Cómo no sentir una obsesiva atracción hacia unos épicos enfrentamientos tan cercanos en el tiempo y en el espacio?

A Heródoto, sin embargo, no le gustaba la guerra en sí ni la violencia, algo que se desprende de la lectura de su obra. Por citar un ejemplo, en un pasaje de su libro primero hace decir a Creso, el opulento rey de Lidia, que «nadie es tan estúpido que prefiera la guerra a la paz; en ésta, los hijos sepultan a los padres, mientras que en aquélla son los padres quienes sepultan a los hijos».² Creso sabía bien de qué hablaba: había perdido un hijo pocos años antes, acaso la peor desgracia que alguien puede sufrir, y promovió una desastrosa expedición militar contra el Imperio persa de la que se arrepentiría siempre.

Ante todo, Heródoto fue un autor que tomó la determinación de construir un valioso legado para las generaciones futuras, y así, acometió la ingente tarea de fijar por escrito el resultado de sus largas investigaciones «para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce».³ Fue por tanto el primer historiador. El romano Cicerón le otorgó ese merecido título, aunque Heródoto no pudo ser consciente de ello

² Hdt. I 87.

³ Hdt. I Proemio.

por la simple razón de que ni la disciplina ni el término existían en su época.

Heródoto se sentía tan atraído por el recuerdo de las Guerras médicas, libradas en la época en que él nació, porque nunca hasta entonces se había producido una invasión militar tan masiva como la de Jerjes, que emprendió su marcha sobre Grecia con más de doscientos mil efectivos de infantería y de caballería, además de unas seiscientas naves que se desplazaron costeando en paralelo a las tropas terrestres. Pero, ante todo, a Heródoto le cautivaba la trascendencia de aquellos enfrentamientos: si los griegos no hubieran vencido en las batallas de Salamina y de Platea en los veranos de 480 y de 479 a. C., la civilización clásica griega nunca habría llegado a ser lo que fue. Convertida Grecia en una satrapía más del Imperio persa, la democracia ateniense habría quedado abolida y los grandes pensadores y los artistas clásicos sin posibilidad de florecer. Los abuelos y padres de los protagonistas del siglo de oro habrían muerto si los ejércitos de los que formaban parte hubiesen caído derrotados en las aguas de Salamina o en la llanura de Platea, y los que hubieran escapado con vida habrían sido esclavizados o, con suerte, huido hacia las colonias de Sicilia y del sur de Italia. Atenas, por tanto, jamás habría llegado a ser el lugar de encuentro donde durante décadas se dieron cita pensadores y creadores de toda la Hélade. En cuanto a Roma, también habría sido muy distinta sin absorber la esencia de la civilización griega, que tanta admiración despertó en sus clases sociales más influyentes. La sociedad romana utilizó la riqueza cultural helena como modelo durante varios siglos, importando y copiando sus elementos definitorios: conceptos, instituciones, técnicas militares, dioses, patrones estéticos, etc. Sin el apogeo griego, la República romana nunca habría alcanzado semejante prosperidad. También es lógico pensar que Jerjes o sus sucesores en el trono habrían continuado su expansión hacia el oeste hasta invadir la península itálica, en cuyo caso el Imperio persa habría acabado enfrentándose a los cartagineses para obtener el control del Mediterráneo central... En fin, podríamos

continuar avanzando en este ejercicio de historia-ficción, pero resulta evidente que la evolución de la Humanidad, por lo menos en esta parte del mundo que hoy llamamos Occidente, habría sido muy distinta si la expedición de Jerjes hubiese conseguido su propósito.

Cuando profundicé en la obra de Heródoto me fascinaron, sobre todo, dos facetas suyas: su afán por acumular conocimientos y su respeto por el otro. Me impresionó esa curiosidad que profesaba hacia las distintas sociedades, pueblos y tribus diseminadas por Europa, Asia y África, ya fueran sus costumbres, sus sistemas políticos, los accidentes orográficos, su historia, las técnicas medicinales, sus leyendas y ritos religiosos, los vestidos, el clima... Parecía interesarle absolutamente todo a Heródoto, quien viajó durante su juventud por gran parte del mundo conocido buscando satisfacer esas inquietudes: que se sepa, visitó Asia Menor, Fenicia, Siria, Mesopotamia, Egipto, Libia y Cirene, Grecia continental, las islas del Egeo, Tracia, las estepas de Escitia junto al mar Negro, Sicilia y el sur de Italia... ¿Cuántas personas son capaces, incluso en nuestros días, de recorrer semejantes distancias con el único objetivo de aprender y acumular experiencias? Más tarde, al alcanzar la madurez, Heródoto asimiló y ordenó todo lo que había visto y comenzó a compartir sus conocimientos, primero a través de sus conferencias y después por escrito.

Más sorprendente aún es su respeto por el otro, un aspecto íntimamente aparejado a la sabiduría. Heródoto muestra en todo momento una exquisita consideración hacia los pueblos que describe en su obra, lo que constituye un hecho inédito, algo desconocido para sus coetáneos. Ni siquiera en época clásica tardía o helenística surgió un solo autor que llegara a adoptar tan valerosa y noble actitud. Por ejemplo Aristóteles, nacido un siglo después que Heródoto, consideraba que los bárbaros eran seres inferiores y entendía que darles muerte no constituía un acto reprochable.

Cuando Heródoto escribe sobre pueblos situados en los extre-

mos del mundo conocido y alejados de la agricultura, de la técnica y de la urbanización, muestra también un respeto absoluto. Carente de soberbia, jamás empleará una expresión que denote la consideración de que los griegos fueran superiores. Los distintos niveles de desarrollo no conllevan para él mayor o menor virtud moral, sino que exhibe un aprecio por el *nomos*⁴ extranjero realmente admirable. Su tolerancia cultural es tan sincera que llega a defender que «la costumbre es reina de todo»,⁵ una postura que muchos han tachado de lunática a lo largo de la historia. También hoy hay individuos que rechazarían de plano esas afirmaciones alegando que la mejor forma de hacer las cosas es la de su pueblo o la de su país.

Los sofistas, hombres que vivían de impartir sus lecciones a quien tuviera a bien pagárselas, contribuyeron a que el gran autor de Halicarnaso alcanzara esa amplitud de miras. Cuando llegó a Atenas, en torno al año 445 a. C., Heródoto se acercó al círculo de amistades de Pericles y pudo constatar sus coincidencias con los pensadores relativistas. Pronto se vería influido por los que rechazaban el absolutismo ético y mostraban toda su consideración hacia las distintas formas de vida. El sofista con quien Heródoto tuvo más relación fue Protágoras, nacido en Abdera, en la costa de Tracia. Debió de calar muy hondo en él su consideración de que nada es bueno o malo, verdadero o falso, de una forma categórica y que, por lo tanto, cada persona es su propia autoridad última. De hecho, el aforismo «el hombre es la medida de todas las cosas» parece impregnar la *Historia* de principio a fin.

En su madurez, cuando contaba unos cuarenta años de edad, Heródoto emigró a Turios, en el sur de Italia, una peculiar colonia fundada por iniciativa del ateniense Pericles sobre los restos de la destruida Sibaris. Decidió establecerse en un lugar fijo donde, después de tanto tiempo, podría obtener la ciudadanía y abandonar por fin su condición de apátrida. Allí encontró la tranquilidad ne-

⁴ *Nomos* es el conjunto de normas y costumbres propias de una sociedad.

⁵ Hdt. III 38.

cesaria para ejecutar esa magna obra que almacenaba en su mente y en sus papiros, esos mismos escritos que solía leer con un tono divulgativo ante selectos auditorios de diversas ciudades griegas.

Se cree que Heródoto murió en Turios en torno al 425 a. C., poco antes de cumplir los sesenta años, y pienso que al contemplar de cerca la muerte tendría ocasión de sentir una íntima satisfacción por la vida intensa y plena que había disfrutado. Desconozco si pasó sus últimos años solo o si disfrutó de la compañía de alguna mujer que le brindara su amor. Tampoco se sabe si tuvo descendencia, aunque es probable que engendrara algún que otro niño en sus continuos viajes. Estoy seguro, eso sí, de que en los lugares que pisó nunca le faltó alguien con quien mantener una interesante conversación. Creo también que le llenaría de gozo poder culminar su proyecto, esa maravillosa descripción de las ciudades, pueblos y tribus de Europa, Asia y África entendida como un paso necesario para alcanzar su gran objetivo: la narración de los épicos enfrentamientos entre el Imperio persa y los griegos. Si Heródoto no hubiera alcanzado su meta, no sólo nos habríamos perdido una magnífica obra historiográfica, etnográfica y literaria, sino que habríamos dejado de contar con un valioso ejemplo de comportamiento frente a los demás.

Otra guerra, la del Peloponeso, duraba ya unos seis años cuando la muerte alcanzó a Heródoto. Este conflicto no tuvo nada de épico y fue en cambio de lo más lamentable. Enfrentó durante veintisiete penosos años —entre el 431 y el 404 a. C.— a Atenas y sus aliados contra Esparta y los suyos. Alguien tan sensible como Heródoto debió de caer en un amargo pesimismo al comprobar cómo las ciudades helenas, habitadas por hombres y mujeres que hablaban una misma lengua, que practicaban unas costumbres similares y adoraban a los mismos dioses, se destruían entre sí.

En fin, este es el autor que me obsesiona desde el momento en que descubrí su obra. Cuanto más profundizo en ella, más matices y más sabiduría descubro en sus palabras. Sólo él es capaz de ofrecer tantos prismas diferentes al ejercer, siempre bien, como historiador, como reportero, como estudioso de la naturaleza humana,

como geógrafo, como filósofo e incluso como precursor del género novelesco. Heródoto es un caso único e irrepetible.

Por todas estas razones, llegó por fin el día en que decidí preparar una mochila y marcharme a Turquía y a Grecia en busca de su rastro. El tiempo transcurrido había hecho crecer aún más la necesidad de conocer la ciudad donde Heródoto nació y de recorrer las regiones donde dejó impresas sus huellas más profundas. Quería pisar el mismo suelo donde creció y donde se conformó su personalidad, además de intentar adivinar qué queda hoy en día de su figura y de los planteamientos que plasmó en su obra.

Aquel solitario e intenso viaje tuvo su punto de partida en Halicarnaso, en la costa de Caria —extremo suroeste de Asia Menor—, donde discurrió la infancia de Heródoto. Visité después las ciudades de Anatolia de mayor esplendor en época clásica, todas ellas bien conocidas por él: Mileto, Priene, Éfeso, Afrodisias, Hierápolis, Esmirna, Focea, Pérgamo, Assos y Troya. Salté también a la isla griega de Samos, frente a las costas de Jonia, lugar al que presté una especial atención por su belleza y por las enseñanzas que allí recibió Heródoto.

A continuación, decidí seguir el trayecto trazado por el ejército del rey Jerjes en su invasión a Grecia. Este itinerario me llevó desde Sardes, ciudad donde se desbarató la rebelión jonia promovida por el ambicioso Aristágoras, hasta la actual frontera de Turquía con Grecia, cruzando las antiguas regiones de Lidia, Jonia, Eolia, Tróade, Quersoneso y Tracia oriental. Me acompañaron las descripciones de Heródoto y la narración que hace de la expedición, desde la reunión en Sardes de decenas de miles de guerreros llegados de todos los rincones de Asia hasta su espectacular cruce del Helesponto —actual estrecho de los Dardanelos— utilizando puentes apoyados sobre las cubiertas de los barcos de su flota. Una travesía que permite contemplar con equidistancia Europa y Asia, dos viejos continentes enfrentados desde tiempos inmemoriales por sus diferencias religiosas y por sus intereses contrapuestos.

El trayecto que realicé no pudo ser más enriquecedor, pero esta narración sólo adquiere verdadero interés porque la figura de He-

ródoto impregna su esencia de principio a fin. Su vida, su carácter y su obra constituyen el verdadero objeto de ese viaje y de este libro. Así es como, a mi regreso, emprendí un nuevo camino para «fijar en el tiempo» estas vivencias y para resaltar la altura moral e intelectual de un autor que, en mi opinión, ha sido poco reconocido por la historiografía, esa misma disciplina que él inauguró.

Me siento muy satisfecho por haberme aproximado un poco más a la *Historia* y a la esencia misma de Grecia clásica, y también por contar con esta oportunidad para reflexionar sobre una serie de temas atemporales que ahora, en estos tiempos complejos que nos ha tocado vivir, nos conciernen tanto o más que en la Antigüedad. Me llena de alegría, en definitiva, recurrir a Heródoto para profundizar en lo que realmente interesaba a aquel sublime pensador: la condición humana.